HUGO GUERRERO MARTHINEITZ

DEL HASTIO, LOS GATOS Y LOS DIAS

LOSADA



POETAS DE AYER Y DE HOY



HUGO GUERRERO MARTHINEITZ

DEL HASTIO, LOS GATOS Y LOS DIAS

Tapa e ilustraciones
SILVIO BALDESSARI

EDITORIAL LOSADA S. A.
BUENOS AIRES

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Alsina 1131, Buenos Aires, 1976

IMPRESO EN LA ARGENTINA

PRINTED IN ARGENTINA

A mis hijos:

María Gabriela y Diego Alonso, argentino-peruanos, entre otras cosas, con una pizca de africanidad por parte mía.

TEXTO CASI RADIOFONICO PARA SER LEIDO POR QUIEN TENGA GANAS DE HACERLO CON CUALESQUIERA DE LAS VOCES E INTENCIONES QUE YA LE HA DOTADO LA VIDA

NADA DE PRÓLOGOS REQUERIDOS. *Presentación soliloquial. Así de jactancioso anduve por el primer libro. Para concretar éste, que es el segundo, han transcurrido catorce años, aunque lo haya escrito en los últimos seis meses. Creí haber cambiado tanto, que estuve a punto de requerirlo. Al primero que imaginé fue a mi coterráneo César Miró, poeta, escritor, periodista y hombre de radio. Miró preparó, para esta misma editorial, ese volumen cardinal de Vallejo, cuya portada lucía el perfil de César trazado a pluma por Picasso, y que apareció, agotándose en el acto, allá por los cuarentas. Tiempo de derrocamientos y dictaduras, de guerra mundial y de violencia, de "swing" y existencialismo, de políticos venales y juventudes esperanzadas.*

Luego, como es natural, asocié a mi inolvidable "cumpa" Alejandro Valle Palomino, Premio Nacional de Poesía 1949, que devino después en Romualdo, el fulgurante. Acertó a predecir que ese año no le ganaría quien ya detentaba tan consagratorio galardón en el Perú: Sebastián Salazar Bondy, que de haber vivido sería cincuentón como nosotros. ¿Te acuerdas, Jano? Eramos firmes correligionarios de la revista Rico Tipo *y de la Orquesta de Miguel Caló, de la esquina de Gallos y Ocoña, de las musas Nelly y Bertha (de suyo tan esquivas), de Mallarmé y Eguren, del mar y la garúa, de* Los ojos más lindos del mundo *y de* La Guerra Gaucha. *¡Qué*

cosa, che "Valichelli"! "Allá en el tiempo del jopo / peinado al agua Florida / cuando era linda la vida. . ." En la sinfonola interesada de la Casa Salame & Córdova, nuestra argentinofilia peruana escuchaba con mudo fervor tanguero esa "Milonga que peina canas", grabada por Raúl Berón, otro no; llegaste a parodiarla con chistosos versos entreamigueros: "Que vuelva el tiempo quisiera / canas verdes a sacar / bello tiempo el de vagar / y el de "tirarse la pera" / los "cirios" de aquel entonces / parados en las esquinas / en el billar de Molina / o en el café del nipón. . ." Puras premoniciones. Ni por asomo tenías en mientes a Julián Centeya y Carlos de la Púa. Tú pasabas del Colegio San Agustín a la Universidad de San Marcos; yo pasaba del Aserradero Sanguinetti y Dasso, donde era obrero charolador, a la Asociación de Artistas Aficionados, la AAA, particular y pantorrilluda. Otorgó becas, pues fundó la primera escuela de Teatro, y ligué la mía: del "callejón de un solo caño" a las buenas enseñanzas afectivas para adentrarse en los textos de Lope, Shakespeare, Chejov, Lorca, Molière, Esquilo o el paisano Manuel Ascencio Segura.

Al traste con las engañifas. La vida no fue "linda" ayer, ni es peor hoy día.

El azar de mis caminatas porteñas (o bonaerenses), entre otros, me depara encuentros con la biógrafa Rosa Arciniega. ¡El azar o las coordenadas, como apunta Nelson! Recién me entero ahora, y aquí, de algo que doña Rosa me ha contado de allá: Cuando doña Rosa se casó, mi madre, la negra Esther, piurana y modista, le hizo el traje de novia. Y de dicha época a ésta, voló casi medio siglo. También Melva Luna ha elegido a Buenos Aires como la otra parte más amada de su territorio. Ambas escritoras frecuentaban la casa de Nelly, tu musa de la adolescencia. Nelly te dictó, sin saberlo, otro de los sonetos que le manuscribiste sobre el

extremo claro de algún afiche pegado a la pared de la esquina de esa larga casa de altos: "En puro dialogar de cisne *y* rosa */ enciendes amapola luz perdida / conocida y también desconocida / en puro dialogar de* cisne *y* rosa*..." Y con ese trabajo silencioso, fuiste armonizando los sonidos fascinantes de* La torre de los alucinados. *La Arciniega,* Rosa, *regresaba de Europa anualmente, ataviada de capa, y de otra de sus credenciales identificatorias a simple vista, el turbante, rara, y no sólo para nosotros; Nelly-*rosa*, su hermana, icono coquetón y sordo a las jaculatorias románticas de Jano-*cisne.

Bifronte, me sentiría muy mal si, alucinándolo, desconociera al otro Alejandro Valle, el "mono" Alex, padre de Romualdo.

Alex Valle, trashumante cómico de varieté, chisporroteaba en su voz bronca carcajadas de ingenua y francota picardía criolla; desde los más modestos escenarios limeños (otro que sin saberlo) indujo a mi infancia, pero fui débil y quizá presuntuoso, marché por la falsa estabilidad que pareciera caracterizar a ciertos animadores radiales. ¡Qué despiadada arbitrariedad! Decretar el silencio de un payaso. Conspiración tramada en la mazmorra abierta de todos los fantasmas. Cruenta y triunfante. Tanto tiempo vengo transmitiendo desde la cabina solitaria de la radio, que ya perdí la costumbre de ver multitudes abigarradas en sitios cerrados o abiertos, si es que me toca estar en el escenario o palco oficial para realizar las tareas que me sustentan materialmente. Tiemblo ante el público. Me abatata. Se me antoja que miles de congéneres deformados en muchedumbre, amasados, nomás sirven para usarlos como armas fratricidas de apasionamiento ciego, torpe. La sola idea me aterra. Tal vez sea la represalia de mi propio payaso reprimido. Pero estar entre la gente, me sorprende y me maravilla: en los hogares, en las calles, en los hospitales, en los teatros, en los ministerios,

en los lenocinios, en los hospicios, en los estadios, en las cárceles, en los cafés, en los templos, en la vida. Y me mata. Y no podría ser de otro modo. En cuanto a estar a solas con la persona elegida, oyéndole y contándole, es el sumo, es pasársela consigo mismo en el mejor de los estados: tratando de entenderse hasta en feas discrepancias.

En las blancas y desnudas paredes de mi cuarto, ¿cuándo no?, proyecté asimismo las imágenes de Augusto Tamayo Vargas junto a la de Enrique Anderson Imbert, pares entre ellos, oyéndoles que ambos me estimaban y que, si les gustaba mi libro, cualesquiera de los dos, listos en generoso padrinazgo, accederían a mi requerimiento.

Me pareció que estaba cundido de melancólicas nostalgias en toda esa fantasía, llamémosla así. Intenté llamarme a la realidad: mis egregios connacionales adoptivos. Aquí en Buenos Aires puedo tocar puertas. ¿Borges? ¿Y por qué no? Está al alcance de las admiraciones e impertinencias transitando histórico, patriarcal y sarcástico por la calle Florida. Jorge Luis Borges, más que un Premio Nobel. Si lo sabrán en Suecia, donde no se hacen los suecos. Victoria Ocampo, legendaria mecenas y académica flamante. Alberto Girri, accesible en su trascendencia poética y vecino de la manzana en donde queda mi casa. Y ni hablar de don Francisco Luis Bernárdez. Magnánimo. Tierno. Emotivo. Y a don Francisco le gustó mi cinta magnetofónica con la reseña de una Noche de Navidad desde Saint Honoré, no la calle sino la Iglesia; y don Francisco me ayudó ilustrándome, porque él conoció París mucho antes de su misión diplomática en Francia.

Por el espacio redondo y nebuloso del pasado, quimérico me remontaba con los aires del presente. Cuidado. Oir las indicaciones y observarlas,

éstas, las de adentro: los límites. El haberlos entrevistado, leído, admirado, visitado, no te da ningún derecho. ¿Por qué no convocas a alguna de tus pacientes amistades a las que atiborras leyéndoles lo que escribes, esperando que te digan me gusta? Me arrugué todo. Y al desarrugarme, asía al toro por las astas.

Este soy yo, piedra de canto rodado, que en la callada nocturnidad del taller de escultores y artesanos, trata de autocincelarse como los dibujos animados que todo lo consiguen, los del cine. Este soy yo, autodidacto peruano-argentino. Grito: Arremetámosle. Y a no asustarse con las ineludibles semejanzas: ritmo de negro, síntesis de serrano, visión cósmica de blanco y endémica nostalgia de inmigrante. Así es nomás este mediopelo, o terciopelo, de las artes y la inteletualidá *que también conforma nuestra idiosincrasia, entre una y otra cosa, buena y deplorable.*

Y cómo dejar de lado la cohorte recreadora de los ilustradores, queridos Oscar Smoje, Carlos Alonso, Raúl Soldi, Antonio Berni, Sigfredo Pastor, Miguel Caride. Al corno con sus ideologías políticas si son creadores en el arte del color y la figura. Taimada disculpa para especular con la importancia de quienes dan su amistad, ¿no es cierto, María Teresa León y Rafael Alberti? Berni, me dijo: Te los ilustro. Y Sunula, su mujer, dáselos, si Antonio quiere, dáselos. Emoción, a raudales; ingratitud, la menos. En Lima, cuando "desde la tibia soledad de mis bolsillos" las humildes monedas se me escurrían hacia los libreros que hasta fiaban, Baldessari era el ilustrador que admirábamos: breve y claro, preciso. Este Silvio que parece correr parejo con la conspicua historia, entre latinoamericanos, de los dos Gonzalos, padre e hijo, los editores Losada. Qué te parece. Conque ahora, aquí en Buenos Aires, cuando lo tengo a tiro de abrazo, iba a perdérmelo. Hay que cuidarse mucho de las propias trampas.

Cuanto llevo dicho sobre el tema del olvido bastardoso, tengo la certidumbre que lo expresa mejor mi amigo el japonés Murasaki Takemitsu, radiolocutor como yo, en la BBC de Londres, que también le gusta jugar con las palabras: Clava la ingratitud certeros arpones de hielo sobre el corazón generoso de la tierra: crecen los árboles, maduran los frutos, el pájaro contento picotea, y el sol y el espacio cantan.

H. G. M.

Buenos Aires, 12 de setiembre de 1976.

. . . los gatos trasnochadores,
de azoteas y calzadas,
son las almas en pena del silencio.
Los gatos de Lima o Buenos Aires,
de Madrid o París, tan parecidos entre sí.
Los gatos.
¡Los cuatro imperecederos gatos de la tierra!

NOCTURNO

Nada queda
en la calle:
ni casas
ni veredas
ni la hiriente
presencia
inesperada
de algún gato
fugaz o asustadizo.

Miento.

Sobre este desierto
queda todavía
una que otra ventana,
flotando,
en el aire,
encendida.

REVERSO

Marcho.
Enhiesto.
Por un andarivel
amplio y derecho,
prosigo desde mucho
indoblegable.
Siento envidias
al ritmo de mi andanza,
mientras envidio
la pública
y natural manera
que tienen otros
para irse, también,
poquito a poco,
como debe ser,
así nomás, papá,
sin alharacas.

CONMIGO

NADA AQUIETA ESTA ANSIEDAD
de pretender estar
donde me encuentro.
Busco.
Y doy conmigo
en las ausencias:
totalmente vacío, sin espacio.

CONTRAFUERZA

SI AL CAMINAR
pudiera ir,
hace mucho
que no estaría yo
en esta andanza;
andanza que no es,
precisamente,
mi regreso,
sino el no haber
sabido llegar
a donde iba.
O el no poder
detenerme
en la partida.

SOBERBIA

Por el dolor que nos quiebra
bien podríamos
aprender a eludirlos,
pero ir a encontrarlos
pareciera ser
la perenne soberbia
desafiante.

Sigo diciéndome
que aún no he caído,
de rodillas.

Sigo.

VEHEMENTE

Avido de la sazón
que inventó mi nostalgia,
he roído los meses
de mi remota infancia:
llanto sin navidades,
cumpleaños del olvido,
vacío donde el viento
pulsaba su tristeza.

Avido de la paz imaginada
en la firme actitud
de amplios brazos,
he mordido
las ácidas manzanas
que me ofreciera
ese bufón locuaz
que me acompaña,
ese enano callado
que jamás me desdeña,
que desde el fondo
de todos mis pasillos
me señala.

PERDIDO

TODO ME LO MOSTRASTE
y poco fue lo elegido.

Todo me lo enseñaste
y poco fue lo aprendido.

Me ha curado lo de hoy
ese ayer tan dolido.

Me ha bastado con ser
cuanto fui en lo vivido.

Todo lo siento en mí.
Y algo ya está perdido.

AMOR

TANTO SE HABLA DE TI,
y se publica,
que parecieras
haberte quedado
nada más que en versos,
todo impreso.

Cuánta hermosa palabra
tan bien puesta
por los sonoros
y armónicos
acentos de los cantos.

Cuántos discursos,
arengas y homilías,
para venderte
y comprarte
y otra vez traficarte.

Si te he visto de cerca
y te he vivido,
no has sido jamás
como ellos dicen.

Eres indescriptible;
siempre inédito
en los pocos
donde sueles nacer,
pese a nosotros.

PACIENTE

La mancha de humedad y orín
en un ángulo de la pieza blanca.
La mancha
con el perfil definido de mi padre
y ese niño saliéndole campante
por la nuca.
La mancha es muchas formas
y es otros tantos caminos al origen.
Es también un torso de mujer,
reclinada,
ancha de caderas,
de salientes y expandidos glúteos
plástica,
desnuda,
ausente,
de espaldas a mi vida.
Debe ser la amante preferida
de alguna concentrada creatura de Rodín.

La mancha de humedad y orín,
allá, en el techo.
La mancha
que el desgaste y el tiempo
han trabajado.
La mancha
de la magna y vieja pieza hospitalaria
donde pugna por entrar
el anhelante, apasionado, sol de enero.

Digo pugna, porque cierta mosca,
pertinaz y de nefasto augurio,
no le perdona al día su empuje saludable.

La mancha.
Y esta indescifrable fiebre persistente
empapándome el cuerpo en el delirio.

LAS COMPLICES DISTRACCIONES

Estas apáticas
tortugas milenarias
que se han adormilado
satisfechas
entre la carne pulposa
de mis callados dedos;
estas horas ociosas
que prenden fuegos fatuos
de encordadas palabras
en ritmo falaz y entretenido,
son campos arrasados
bajo cuerda y fanfarria,
son parcas avenidas
de cuerpos a la nada.

Estas horas precisas
de imprecisas miradas.

LOS DESLIZADOS

VINO ENTRE CON GANAS
de irse y de quedarse,
cual los gatos techeros
de mi barrio:
cautos, pero tristes;
dudosos, pero rápidos.

Vino a quedarse
porque ya yo tenía
el lugar preparado,
el silencio preciso,
el tiempo relentado,
para que le salieran alas
y volara.

Vino a quedarse, sí.
Y, entonces, pude irme.

Estos deslizamientos
aún no se terminan,
ni en la más redonda
vocal de los asombros.

COTERRANEAS

A BORDO DE ESTA VAGA
extranjería
quiero abrazarme,
por fin, a la constancia.
Desembarco.
Trepo calles.
Caigo calles.
Pregunto
si se sabe por dónde
se guarece la vida.
Tienen mudos los ojos
y sordas las palabras.
Oliéndose los aires
del apuro,
huyen despavoridos.
De eso que les confunde
en desencuentros,
pasan hacia la nada

entre sus días.
La baba roja
de corcel apocalíptico
me empapa las entrañas.
¡No puedo detenerme!
¡Corro también con ellos!

Soy un falso tenaz
de alquimia viva.

Una suerte de fuga
establecida.

HOY

Beduinos de la noche
que desvelados
auscultan las tinieblas,
los ojos inventan sus estrellas
para guiarse hacia la navidad total
que el espíritu alienta.

Palpo la tersura de las horas
con las manos inermes del recuerdo,
y el colorido vital de la memoria
fulge aún más con todo lo presente.

En esta suerte de ausencias
recobradas,
no declinan ni nombres ni lugares.
Se expande el amor
en presencia incesante.

Oh, realidad por la que siempre
discurrirá, sin apurones,
una especie de sol para el mañana.

TRISTE CON AIRE DE MILONGA

AL MAR LO VIVO
sólo de recuerdos.
La llanura suele ser,
a veces, mi océano.
Me sumerjo
en marejadas
de infinitos trigales.

O descubro el hechizo
del río legendario:
agua dulce de pardo mestizaje,
remanso de inmigrantes afanados.

Yo anhelaba
gaviotas y alcatraces
y me caí solitario,
desalado.
Quise una hermosa ola
de mi tierra

y me he quedado insepulto
en esta patria.

Seré un canto, tal vez,
que se haga rosa.

HERETICO CLAMOR POR SEMEJANZAS

SEÑOR,
quizás deba decirte gracias
por haberme permitido aprender
este prosternarme ante quien,
semejante a Ti, me surje,
desde el alma a cada instante.
Pero ya me hartó esta contrita
sumisión de espejo.
Hazme un poco, si puedes,
parecido a mí mismo
para verme, alguna vez,
reflejado en el otro.
Sereno. Sin temores. Caminando.

13505037: DOCUMENTO NACIONAL DE IDENTIDAD

Digo, Yo. Y el mosaico pareciera
desintegrarse
para que cada uno de sus minúsculos
rectángulos innumerables
que conforman mi vida,
se torne a su vez en otra y otra y otra
rara forma de múltiples orígenes.

Digo, Yo. Y estas desiguales formas,
constante de seres únicos,
de diversa contextura,
de contornos y gestos definidos
—elocuentes y jamás difusos,
pues si alguno aparece en flú
es que nació de esa manera—
hablan justo a su tiempo,
pese a ser todos sordos.

Digo, Yo. Y, por lo tanto, Ellos,
los de un lado y del otro:
fraguadores de torpes confusiones,
de planos que esclarecen la salida,
de ojos purpúreos, desvelados;
de universos sin tiempo, detenidos.

Digo, Yo. Y no me atrevo a gritarlo
para que llegue bien hasta el Nosotros.

Bienaventurada pobreza del alma

Pelele.
Espantajo.
Bobalicón.
Bellaco.
Benjamín de la torva
insinuación en sordina.
A observarme en mí mismo
no me atrevo.
Por eso llamo
por mis nombres
a la envidia.

Caigo parado como tú,
felina preferencia
de las mimosas hembras.
Todos somos hermanos.
Todos, amados, todos.
¡Y sálvese quien rueda.
O sea capaz de ponerle
vocingleros cascabeles
a la muerte!

A RAIZ DE UN FOTOGRAFO PLACERO

Ser,
lo que casi al final
voy consiguiendo,
me ha costado
la infancia difusa
que me perennizara
mi ingenuo narcisismo,
en un patente aún
retrato a la intemperie.

—Fotógrafo placero,
baquiano del segundo
residente en el tiempo,
rememoras mi gesto
triste como tu audacia.

Ser,
éste que puede

estar junto contigo,
sin los oscuros presagios
de otros días,
bebiéndose emocionado
tu aliento compañero,
es no más medio siglo
de vanos entusiasmos
entre un traspié
y el canto
de acera desolada;
es no más breve signo
de vidas discurridas
entre una rosa yerta
y una espina muy viva.

. . . en aquel agreste jardín
de mi más lejano decenio de existencia
titilan lágrimas de un niño
que rompió a risa limpia un misterio . . .


Baldessari

RITO PARA RECORDAR EN PARTE

Curva mimoso su gatuno lomo el día
al sentir la cálida caricia de la tarde,
a tal extremo se me expande el hastío
que seméjase a una sombra interminable.

Para vivir su beso en la siesta callada,
la dibuja cansino mi aliento al nombrarla;
pájara colorida sobrevolando distancias,
casi rozándole ya la sonrisa a los cielos.

SECUENCIAS DEL TIEMPO IMAGINADO

De las abigarradas marañas del pasado
emerge con su forma rectilínea el día.
Hoy, quiere estar presente en el mañana;
mañana, diferente estará en el futuro.

La intensidad del tiempo transcurrido
desdibuja su real manera en la memoria:
trocándose en aroma cuanto murió por larva
y en luminoso cuanto anduvo en penumbra.

Permanece la realidad tan solo el tiempo
imprescindible para echar su simiente
y germinar en la imaginación sus ratos.

Los recuerdos apenitas son contornos
que cada vez bosqueja, diferentes,
la fuga a que nos lleva la existencia.

CARTA AL AYER RATIFICADO

(A Norberto Bernardo Helman)

SE ME OCURRE DECIRTE
que vivo como entonces:
leo el libro marchito
por las traspiraciones
de mis nerviosas manos
y mi axila egoísta;
y camino muy cauto
con los zapatos anchos
de mis largas andanzas
y mil curiosos ciervos
en la mirada, alertas.
La paz no es un derecho.

Se me ocurre decirte
que en nada he cambiado.
Empero, qué distancias
de mares y de ríos,
de llanuras y sierras

y de gentes que añoro
sin haberlas tratado;
de amigos que abrazo
sin saberles el nombre,
de paso por comarcas
que sólo a la memoria
le otorgan el retorno.

Se me ocurre decirte
que vivo como entonces:
oro nostalgias plenas
de ficus y alamedas.
Me obstino en contemplar
esas viejas esferas
que descifran exactas
los días que nos quedan.
Silbo canciones de hoy.
Rememoro las de antes.
Y vislumbro, en delirio,
cada vez más remota,
esa tierra apacible
que se nos prometiera.

Se me ocurre decirte
que vivo como entonces,
siendo que ya no soy
púgil de la esperanza
entrenada en el fondo
de nuestras ilusiones;

siendo nomás que toco
entredormido, esa ala
que se derruye trémula
de una a otra mañana;
siendo que nomás oigo,
extasiado en mi tiempo,
los diferentes versos
que hay en cada palabra.

CORPUSCULOS DE LEJANIAS

ERA PARA NOSOTROS, ALLÁ, CUANDO CHIQUILLOS,
la sana diversión que acarreaba la tarde:
ver cómo acurrucábase el día, ensombrecido,
y se erguía prendida la luz de nuestra calle.

Después,
enclavado en la rubia ciudad de Buenos Aires,
zambo de cana en sien, preocupado,
no pude percatarme ni de la luz del sol
ni de cuando creaba la electricidad
ese tipo de sombra sigilosa,
sombra
que se hace tambores resonantes con el alba,
pífanos de arbitrarias primaveras.

Los caudales del viento me sostienen
para cruzar aún postigos entreabiertos.

RECUERDO AL "CARTOON" DEL GATO FELIX

Los gatos pícaros o tontos,
poderosos o sumisos,
hasta morderse las garras, distraídos;
los pobres gatos
tienen siete o nueve vidas
—*según rece el folclore*—
fraccionadas en millones de astillas
que se integran alegres, impávidas,
completas, al alma de los gatos que en el cine,
en cualquier peripecia se desgranan.

Los gatos, los miserables o afortunados,
los tristes gatos del dibujo animado.

SEÑOR DE LOS CASTILLOS EN EL AIRE

SE ME ACERCA, INDISIMULADO, DESPACITO,
desde mi palomilla endeblez limeña.

Lo veo prieto en su pobreza negra,
con ojos de ratón sin miedo al gato.

Tristán no funcionaba como hombre de la bolsa.
Lucía, en cambio, un par de transparentes alas
en forma de alámbricos castillos,
que él mismo inventaba,
con molinos de viento y puentes levadizos.
Eran siempre distintos en los mismos alambres.
Y también inventaba sustos desconocidos:
espantaba con ellos las torpes malascrianzas
de quienes le tentábamos a su ángel distraído.

Era manso Tristán, reilón y callado,
camaron sin cocer del tonto río.
Vagabundo total del cósmico ensueño.
Niño que envejeció sin pedir nada.

. . . quiero que Tú me disculpes
por haberte inventado.
Mi demoledora vanidad
no me permite
venerar a mi hermano . . .


Baldessari

MAESTRIAS ANTOJADIZAS DEL PUNTERO

VAYA UNO A SABER
con qué memoria,
que el olvido
ya ha erosionado,
algún señor
tiene escrita
la Historia
de esta hora letal
que no vivimos;
de esta que,
como la anterior,
hoy elogiamos.

CUANTO DE CUERDA
en vibración persistas,
se te será diezmado
en diarias peripecias.
De las reglas de juego
de esta vida,
pechugona voraz,
altisonante;
dócil mujer que se da
sin un alarde,
molde donde aún
no se acomoda
la rebelde existencia
del encuentro.

Cuanto aspires sentir
te será dado.
Y cuanto obtengas así,

se te será medido.
De las reglas de juego
de esta vida,
a las que, en suma,
hay que restarles algo.

LOS DIAS

COTIDIANAS PREGUNTAS
nacidas desde el fondo de nosotros,
llamativamente empaquetadas
para que el voraz aislamiento
las consuma.

Los días.

Diarias respuestas
que se nos adhieren, al pasar,
impresas en volantes
que aprende la memoria.

Los días.

Silencios infestados
de ruidosa soledad concurrida
por palabras huidizas y vacuas
en las que del todo

llegamos a la nada.

Los días.

Cuitas frecuentes
donde el sol se debate
en crepúsculos cayendo,
hora tras hora,
como angustiosa tristeza
de los cielos.

Los días.

Carcajadas fornidas
que infructuosas atentan
contra la melancolía vital
que en el caos compensa,
en parte,
profusiones de dudas.

Los días.

Fechas sin idus ni calendarios
que indiquen el advenmiento
de un mesías para tanta desazón
irredenta.

Los días.

Los días,
ancianos de infancia educada,
cansadores y prolijos,
me ordenan,
casi me anquilosan
aspectos de mi alma.

Los días.

Los días,
picaflores rapaces
del néctar de algún sueño,
dromedarios cansados
de perdidos desiertos,
son también otro invento
de los miedos ciclópeos:
no entender el pasado,
no arribar al mañana,
nutrir la urgencia fatalista
de minutos contados.

Los días.

Los días,
inquietantes,
batientes tambores en *crescendo*,
acelerados,
hacen brincar entusiasta
al hastío;

espantan la gatuna
pereza que me asedia.

Los días.

Y

los

días

de

los

días.

LA MAÑANA

La mañana,
con su chisporroteante
efervescencia embriagadora,
se propaga veloz,
atareada en hacer poco o nada,
en actitud palangana de cigarra.

—Atrapada se ha quedado la abeja
en el pistilo presuntuoso
del pastel de manzana,
frío,
estático,
entreverado en la escuadrilla estéril
de empalagosos dulces de vitrina.—

La mañana
me huele a flores maldecidas

de no sé qué enmarañado
jardín de invernadero.

La mañana,
proeza diaria del trajín y el ajetreo,
exasperante ilusión de la esperanza,
campanea rebatos en la navidad del día.

La mañana,
gladiadora triunfante
de sueños repatriados
del más profundo sueño.

La mañana,
reflejada en el concho
de una tacita de café en coloquio,
acaba tristemente.
O sucumbe, al mediodía, atravesada
por algún mondadientes distraído.

GESTION DE PREGUNTAS

¿Quién llama con su nombre
a estos sueños
donde el delirio
alucina sensateces?

¿Quién se asoma a la luz
de los silencios
apagado de lloros
y secretos?

¿Quién se mira a los ojos
y bendice
la hipócrita mirada
del espejo?

¿Quién bautiza con ternura
sus miserias

y las confirma
con sus tantos apellidos?

¿Quién sabe que despierta
cúmulos de abrazos
en un beso,
con una pizca
de su propia vida
y otro poquito
de cantos aprendidos?

¿Quién, en fin, se despoja
todas las mañanas
de su muerte
y fecunda por las noches
su esperanza?

BELICO

Duende,
pustulado por innumerables muertes,
en cada partícula
de tu fantasmagoría horripilante
pones, inmemorial,
nuestra vida
pendiente de ese hilo
de frágil cobre,
tenue y bruñido.

Duende imperecedero,
maldito duende
que apagas la candela
de todas tus miradas
en la epidermis lactal de la esperanza.

LA GENTE

La gente, toda sufriente,
plena de pobre torpeza,
engañada hasta el cien,
pretende que le pongan
campanarios entusiastas
a sus lúgubres ermitas
de la angustia.

PERSONA

TRATAN DE CONVENCERNOS
que esa aflicción no es tuya,
que esta pena no es mía,
que la herida es de todos.

Tratan de convencernos
los que nunca pudieron
verse bien las tristezas,
observarse esa cara
que casi no es un rostro
sino todas las caras
perdidas de la vida.

Tratan de convencernos
que somos todos uno,
siendo que ya ninguno
jamás podrá ser ellos.

Tratan de convencernos.
Ya casi convencidos.

IMAGEN & SEMEJANZA S. A.

SE DERRUMBAN LOS AFANES
de idas y venidas infructuosas
a la hora en que el sol
hace silencio.
Atentos a no caer a fondo
cuando duermen
construyen sin cesar
lo demolido.
De prisa,
la alborada los sorprende;
de muerte,
la tarde los sepulta.

Lázaro cae otra vez más,
y se levanta.
Y cae
y se levanta
y cae.

Hasta cuándo, Señor,
no vive el hombre.
Hasta cuándo
seguirás enhebrando
en su herida mortal
tu hilo de vida.
Hasta cuándo zurcirás,
tal vieja remendona,
esta agonía.

DE LA ASTUTA O TONTA TOLERANCIA

La paz obtenida
sin tan siquiera
estallar,
por presión,
una palabra,
será la rígida paz
que nos carcoma
como buitre burlón
las alboradas.

Cuídate de los ángulos
hirientes del silencio,
y de los mamotretos
apestados del odio.
Cuídate de las horas
de amor insatisfecho
por un grito de guerra
reprimido.

La paz ganada
sin batallas,

a poco o mucho,
te deja su beso delator
y luego muere,
no sin antes matar
lo más querido.

TRANSITO REGLAMENTADO

BOCACALLES
donde una
cruz de asfalto
nos confunde,
donde por atea,
cada uno se va
por donde debe,
pero nadie se queda
donde quiere.

LAS MUCHACHAS DEL BAR ASOLEADO

VIENEN POR LA RECTA,
y aparecen al sesgo.
Inician con sus ojos el encuentro,
a prisa, tal pareciera sin ningún
punto de espera reflexiva.

Cada poro es el cráter expelente
de cuanto las acerca y las distancia.
Están sumidas,
sometidas por sí mismas al silencio
que delata el alarido tremendo
de sus gestos.

Vienen.
Discurren.
Bosquejo basto de las intimidades.
Y, a duras penas,
dejan la fina línea del olvido,
que se afila al final
firme y punzante.

MOZOS COMO DE FILMES PUBLICITARIOS

Aparecen raudos,
bellamente enfundados
en sus telas brillantes de colores.
Aparecen vitales;
con la hermosura de sus cuerpos,
atractiva.
Escalan de la risa
de dientes muy cuidados
a la estentórea garganta
en carcajada.
Mal disimula, brava o dócil pelambre,
el refulgente sol de sus miradas.
Se resbalan,
en la imaginación de quien los mire,
con plásticas piruetas, repetidas.
Aparecen impetuosos.
Veloces.
Y así desaparecen.

Avispas de panal abandonado.
Efímeros.
Se van.
Sin rastro alguno.
Solos.
Sin regreso.

PARAMO DE LOS HASTIOS

ENCIENDE OTRO CIGARRILLO,
también el radio enciende,
y el fuego de gas para su mate.
Enciende todo cuanto pueda entibiarle
la arcaica soledad de su existencia:
soledad que se le abarrota
a través de su tiempo y el ajeno,
lo único que jamás se le encarece,
quizás lo que cada vez le cuesta menos.
Por sus paredes y techos opresores
da y da vueltas
igual que taimadas palabras acechando,
o aquellas advertidas en la duda.
Llama al gato juguetón de sus recuerdos
y lo hace jugar
con el ovillo callado de unos sueños.

ALELUYA DE LAS ALIENACIONES

ALELUYA POR LOS DESQUICIADOS
que le extraen colorido a las tinieblas.

Proteja Dios a quienes arquitecturan,
a través de invulnerables muros,
las infinitas ciudades del delirio.

Aleluya por aquellos que concretan
movimientos en una sola sinfonía
ensoñada y rotunda,
y que demuelen con un solo acorde
la más tangible de nuestras pesadillas.

Proteja Dios a aquellos que descasillan,
sonrientes, a los simuladores de cordura,
a esos que no quieren percatarse
que todos los frutos podridos de la tierra
les tienen infestada la conciencia.

¡Aleluya, Señor, por la locura!

EN TORNO A LOS ANCIANOS Y LOS VIEJOS

Se los ve cada vez menos,
como decía mordaz la joven hembra.
Excluídos recorren años demolidos
de tranquilidad desolada.

A través de los siglos
son fuertes como encina,
débiles como hombres.
Voces infatigables
que narran reiterativas
el misterio simplote
de múltiples historias.

Son la envidia secreta
de cuantos parecieran
no tomarlos en cuenta.

Manejan con destreza
el código de gestos

traviesos de la infancia.
Urden burdas patrañas.
Viven calles umbrosas.
Y de sorpresa ríen,
a lágrima batiente,
de toda su existencia.
Y se quedan dormidos,
quietos y apacibles,
como amamantados
por todas las leyendas.

—Pontificaba el irónico muchacho vigoroso:
El odio irracional de estos viejos
es semejante, en dimensión enorme,
al comprensivo amor de los ancianos—.

Artimañosos caemos en la trampa
más crudelísima que nos tienden los años:
esa longevidad que cada día
a duras penas puede ponerse en pie
a remedar la vida.

INGENUOS ENIGMAS FERMENTADOS

¿DÓNDE CAE LA VOZ
a esta hora
en que ya no palpita
ese recuerdo
hibernado en la fiebre
de otra pasión sin crucifijos?

¿Dónde cae la razón acribillada
por no observar la estricta
libertad de silencio?

¿Dónde esgrimir el muñón
de la esperanza
que perdieron en la fe,
los que no hallaron?

¿Dónde las aves subterráneas
de canto a todo sol
sin luz violenta?

¿Dónde urden las malas
intenciones
las obras que concretan
y se aplauden?

ANONIMO DEL SIGLO VEINTE

DESDE TIEMPOS MUY REMOTOS
de adentro de ti mismo
hacia el pecho del otro,
siempre nomás nacer
anónimo del siglo veinte.

Negro o amarillo,
cobrizo o aceitunado,
blanco o mestizo,
siempre nomás crecer
anónimo del siglo veinte.

Adulado, perseguido,
multiplicado, diezmado,
espúreo, reconocido,
siempre nomás vivir
anónimo del siglo veinte.

Irradiado y filmado,
impreso y televisado,
teletipeado y grabado,
siempre nomás morir
anónimo del siglo veinte.

...la única realidad es la verdad y lo falso, todo junto. Todo.


Baldessari

HIJO

La vida es así.
Y no me exijas,
por favor, que te la cuente.
A decir verdad,
nadie todavía pudo describirla;
aunque muchos no lo intentaron mal,
encuadrándola, por lo menos
en alguno de sus minúsculos aspectos.

La vida es así,
como la tuya:
la que con todos sus viejos
y antiguos ayeres
estrena tu hoy día.

¡Quién podría hablar de ti
sino tú mismo!

Abreme, pues, el sol de tus palabras
y déjame verte en parte,
si es que quieres,
el alma.

La vida,
amado dueño
también de este planeta,
es así,
no más,
como la tuya.

ASPIRACION AL LADO DE QUIEN PASA

QUIERO VER LIMPIO ESTE POEMA;
desbrozarlo de mí,
hasta un adarme.
Quiero facilitarle a un vistazo
el palparle bien
todas las vidas,
los hechos y las muertes,
el hastío y los gatos,
el silencio y la duda
—que se nos da a todos
rato a rato.

Quiero, en fin, poder,
y es un anhelo
del que te excluyes tú
porque estás vivo.

COLOQUIAL PROPOSICION DE LA MIRADA

Para hablar del silencio
no quebremos
esta lánguida confesión
del vacío
que se puebla de cuanto
lo que el cuerpo no siente,
y palpa sí sólo el alma
con fruición sibarita.

PALABRAS Y ALTERNATIVAS

No.
Sí.
Claro.
Entienda.
Vea.
Vuelva.
Olvide.
Dése.
Recomience.
Camine.
Espere.
Crea.

He ahí una docenita de palabras
frecuentes
para pasárselas pensando.
O para convertirse en alguien

que acata
sin chistar
y
obtiene,

gana,

triunfa,

manda,

ordena,

cae,

todo,

casi.

YARAVI DE LAS REVELACIONES

NO ME ES DADO
cantar como si fuera.
Ya bastante aprendí
con abstenerme.
Estos sones que plañen
su tristeza,
llevan ritmos de seres
que habitan los sitios
conformados en mí
por otros seres,
deformados.
Aquí no sucumbió jamás
el entusiasmo
porque aún no ha nacido
la alegría.
Somos así nomás,
como quien dice,
pelotaris del lloro,

amautas de la pena.
Hay quien simula bríos
donde hay sólo paciencia.

¡Vaya uno a saber
por qué a la vida
le gusta por acá
posar de distraída!

CIUDADANO EN PIE DE ENTREGA

¡Pero a quién se le ocurre!
¡Cómo dejar esta suerte
de lucha enamorada!

¡Cómo vivir sin el beso
profundo de las cuitas!

¡Cómo dejar de estar firme
sin el ramalazo feraz
de las ternuras!

¡Cómo no ser la piel
de todos los antojos!

¡Cómo temerle al profundo
hastío con tan variados
infiernos en el alma!

¡Cómo no desgastarse
en las ásperas ruedas
del olvido!

¡Cómo dejar de apostrofar
y exaltar cuanto se ha sido,
si lo real, quién va a negarlo,
es tan solo un instante!

¡Cómo no pretender
conquistar el espacio
si este lugar, se dice,
sólo es sueño!

¡Pero a quién se le ocurre!

¡Cómo no querer la próxima
mañana,
si la noche de ayer
ha amanecido!

CANTO SIMPLON DE LA PACIENCIA COMPLICADA

No habría que irse por las ramas
como clavel del aire, volandero.
Habría que estar predispuesto:
firme en la actitud.
Sin endebleces.

Sería preciso no tener
reseca la garganta,
aunque uno se haya callado
mucho tiempo
con las fauces abiertas,
asombrado.

De tenerse la hombría
en el lugar del cuerpo
donde aseguran muchos
que Dios está presente,
no se podría cejar en el empeño

de verse, por lo menos, marchando
cara al sol de un amplio anhelo.

No habría que irse por las ramas
como clavel del aire, volandero.

¿DIFERENCIAS?

En Lima, Perú,
mi tierra,
he palpado la sonrisa
de la alegría de vivir
en los miserables mendigos,
casi olvidados,
sobre el atrio
de las ostentosas
iglesias coloniales.

En Buenos Aires, Argentina,
mi patria,
he visto escamotearle
el entusiasmo
al bienestar congénito,
y envidiado,
que los argentinos de aquí
cargan casi con rabia

en ropajes vistosos,
perfumados,
por sus céntricas calles,
luminosas.

¿En qué tierra,
en qué patria,
en qué vislumbre ideal
perdí la diferencia?

LA ORDEN

I

¿Quién impartió la orden?
Nadie responde.
Pero cuántos se agacharon.
Qué de enormes coros
sucediéronse uno tras otro,
canturreando bonito,
concertando hermoso.
Rapsodas onerosos de modesta sandalia.
Variaciones sobre el mismo tema:
unos caían como luz cenital,
verticales,
dándoles su realidad
a lo que suponían realidad de la vida.
Y otros, los menos,
con su luz de veracidades,
surgiendo desde abajo,
le ponían dramático haz de horror
a la verdad que les habían dictado.

II

¿Quién impartió la orden?
Nadie responde.

Pero cuántos se agacharon.
Corifeos del apresuramiento
pretendieron negarle a la esperanza sus derechos,
a la ilusión sus sueños,
al alma sus simples alegrías,
al corazón sus dolores de amante,
al amor le quisieron borrar
el candor de sus pudores
o la impávida violencia de sus besos.

III

¿Quién impartió la orden?
Nadie responde.
Pero cuántos se agacharon.
Basta.
Y que nuestro mejor lado
les recoja la sombra derramada de su llanto,
les bese la abofeteada mejilla de sus sueños,
les tenga presentes
en nuestros canturreos de amor y de tristeza.
Basta.
Y acomodémoslos en algún lugar
de nuestro corazón entusiasta y melancólico,
con todo el sentimiento de ternura rebelde
que no acató la voz que impartió la orden.

IV

Nosotros,
los del hastío que nos agobia a ratos largos,
los del porque sí nomás contentos,
los que sentimos el hincón de Colombina
tal caduco Pierrot enamorado,
los cursis, los ridículos, los tangueros,
nos seguimos amando pese a las frustraciones,
e insistimos con la paz que el espíritu alienta.
Y pudimos injertar en la desesperanza el credo,
en la pena pesada el jolgorio liviano
en la nostalgia el día venidero,
en la noche doliente el alba paliativa,
en el perseguidor la calma de la espera
y en el ideal desplomado el reparo de un sueño.
Y todas esas cosas
nunca jamás ausentes,
nunca jamás negadas.

V

¿Quién impartió la orden?

¡Nadie responde!

Pero, a Dios gracias, no todos se agacharon.

Creo.

ENDECHA DE LAS DENUNCIAS DELATORAS

I

NO TENGO VOCACIÓN DE DELATOR.
Y, sin embargo, vengo y me denuncio.
Retuerzo entre mis manos intranquilas
los invisibles pétalos
de cierta rosa lacerante que me llevó
por los más encrucijados caminos,
quiero suponerlo así,
del voluntario exilio:
he aprendido a amar
pero rebalso de odio;
degusto el hoy con todo su presente
pero luzco ufano engastadas en la voz
iridiscentes piedras del pasado;
creo en Dios como en la Duda, creo;
siento quejumbres de multitudes doloridas
en las más fervorosas plegarias

entusiastas como fuegos de artificio,
llamativas, y, por lo tanto,
en el acto olvidadas.

II

Alguien me puso este nombre tan breve
por el que muchos me llaman, pese a todo.
Y estoy convencido de acudir,
cuando en verdad
sólo les llega de mí
lo que no es mío.

III

Ignoro, o quizás trame ignorarlo,
qué es lo que más he vivido en su momento:
si el aroma vital de la flor que se daba
o la enconosa espina ferozmente enclavada;
si el hipnótico enigma de la fabla del mar
o el callado atractivo de alas adormecidas
en cielos despejados, dejándose llevar;
si el armónico acento de los antiguos verbos
o el testarudo ahínco de los neologismos;
si el ritmo de unos pasos hacia la alborada
o el pavor ululante de crueles estampidas.

IV

No tengo vocación de delator.
Y, sin embargo, vengo y me denuncio.
Nadie ha conspirado tanto y duro
contra la paz de sus ensoñaciones,
nadie ha disparado una y mil veces
la violencia de sus miedos victoriosos
contra la tolerante ternura de sus besos,
nadie ha sabido como yo —¡vaya el orgullo!—
imponerle silencios seglares a su llanto.

Bien podría decir, resumiendo, que he sido
obstinado simulacro de altanero trueno veraniego
ante la timidez que desde lo profundo
de mí mismo me dictaba el origen.

V

¿Y ahora?
¡Nada!
La constante:
Ni una tristeza de vida
ni una pena de muerte
para toda esta horrenda alegría demudada.
Nadie juzga,
nadie aplica, tan siquiera,
la más leve condena,

la menos severa de las amonestaciones
por haber vivido así,
de puerto en puerto,
de alma a corazón,
todo callado,
lamiéndole al temor su mano yerta
con mi caliente lengua cancerbera.
Boquiabierto espectador en largo aguarde
de ese mañana que en cada minuto está presente.
Errabundo del ideal.
Entorpecido.

No tengo vocación de delator.
Y, sin embargo, vengo y me denuncio.

CUESTION DE RESIDENCIA

Nadie es la patria, todos lo somos.

Jorge Luis Borges, vive en pleno
centro porteño 1976.

yo hermanos igual que buenos aires
no estaba aquí me trajeron de europa.
César Fernández Moreno, *Argentino
hasta la muerte*, desde hace varios
años reside en el extranjero.


Baldessari

CUESTION DE RESIDENCIA

I

Yo vivo en esta ciudad.
Que conste bien clarito, señor.
He dicho vivo,
y a no poner sobrevivo.
Ululo entre el multitudinario pulular de su gente.
¡Gente!
¡Qué quiere que le diga!
Tal cual en todas partes, pero mucha. Abundante. Toda.
¡Sangres diferentes que circulan por una misma arteria!
¡Entremezcladas!
¡Inconfundibles!

Observe.

Deténgase.

A veces pareciera que entre ellos no se oyen,
aunque insisten y persisten en hablarse.
Cada palabra está abarrotada de gestos.
Cada gesto ejerce carente de palabras.

Soy de su suelo,
soy de las elevadas alturas de sus muros,
soy de sus cada día menos frecuentes paredones,
soy de sus cabizbajas melodías callejeras.
Soy de su suelo.

Aquí se nace lo suficientemente grande
como para sentirse empequeñecido, inerme y aguerrido.
Avasallados por impunidades ominosas;
y por algún nobilísimo apretón de manos, protegidos.

Sépalo, cada mañana apostamos a la vida unos minutos,
liquidando en el coloquio muchas horas.

¡Latinoamericanos!

¡Latinoamericanos!

¡Latinoamericanos!

¡La-ti-no-a-me-ri-ca-nos!

Latinoamericanos:
Atolondrados vacíos,
occidentales aindiados,
anacoretas gregarios,
semíticos mestizos,
paradojales absurdos,
asiáticos afroides,
la-ti-no-a-me-ri-ca-nos.

Latinoamericanos: Porteños,
ictiófobos de paladar agrario,
paisanos del gentilicio vergonzante,
pájaros prisioneros de arrítmicos silencios,

austral

cadencia

displicente.

En el alto trapecio de las tardes
mecemos nuestros humos palatinos
de arrogantes renombres ingeniados.
Y a tramos inconmensurables,
de vernaculares soledades infinitas,
hallamos así nomás, como sin buscarla,
la casi vagarosa, triste y cauta,
profesión de tierra argentina.

Entonces:

Una voz en somnolencia
enternece a la guitarra.
Hornero se torna el verso
y silencio la cigarra.

A la patria se la ama
y a la nación se la quiere.
Esencial es la primera;
y la segunda, talega.

Patriotas, no los que vuelven;
menos aún si se van;
tampoco los que se quedan
por el gusto que les dan.

Impenitente país tan socavado.
Magnífica nación que se alucina.
Patria gutural que desdeñamos.

Austral

cadencia

displicente.

II

Todo es muy lento, todo es muy de prisa,
todo es muy complicado y otro sí que fluido:
$2 \times 4 =$ compinche cardo de la andanza,
impúdica orquídea del deseo,
modesta diamela del silbido.
Se lo quiera o no,
el tango corre en nuestras venas,
afianzado, confortable.
Temo que sea él
la cédula de identidad
que corresponde a la duda.

6×0,
3×0,
2×0, igual yo vivo en esta ciudad.
Que conste bien clarito, señor, ah.
Por favor, atiéndame.
He dicho vivo y no me ponga sobrevivo.
Con este corazón a ratos apurado,
peruano hasta la argentinidad de ser porteño,
me place transitarla por los amplios caminos ilusorios,
equilibrado por el cholo mutismo de mi padre
y las restallantes ocurrencias
que, desde su negritud, me entonara mi madre.

III

Mírelos, cuánto pretenden darle con la ausencia
muchísimo más allá de estos deslindes,
en nada son capaces de evitar para que no les nazca
en dolientes alaridos la tristeza,
de las propias entrañas.

Mi Buenos Aires querido,
cuando yo te vuelva a ver,
de Gardel & LePera, cuando vivían en USA, 1934.
¡Ja!, irse de aquí muy señor mío, rompiéndose la bronca
contra los fieros vientos que tenemos,
es ser protagonista del mejor de los tangos
en las peores condiciones de existencia:
¡Melancólico nostalgioso y valetudinario extranjero!

Oiga, ya sé que todos los pueblos son *un canto*
con todos los matices de los himnos gloriosos
y con todos los mullidos contornos de armónicas baladas.

Oiga, póngale atención a los acentos.
Afine sus sentidos para degustar en tan sólo una mirada
la más recóndita intimidad que nos sonríe.

Oiganos.

Aguáitenos.

Al final de las cuentas, que son muchas,
se conforma en ecuménicos rosarios la esperanza.

No hay vuelta que darle, che.
Aquí las voces van juntas, pues,
en silabeante y claro lenguaje de ansiedades,
claro como las escurridizas violencias del verano,
claro como las bravatas del mansurrón invierno.
Voces que ingenuas e ilusas plañen su desamparo.
Piolas lerdas en frágiles cometas, inestables.
¡Falacia y veracidad en reticencia!

Cantamos y desencantamos
con esa *correntada esmeraldina*
que mana de la más oropelesca
de nuestras esquinas porteñas.

Cuentos e historias tienen mentes descomunales
que traman admirables armonías
para oídos que no desperdician el sonido.

IV

¡Atenti!

Disculpe.

A esta Buenos Aires, porteña fluvial del Río de la Plata,
maguer la trasijen el alma plúmbeos calendarios,
no deja de serle amigote el sol,
expandiéndole emprendedor, sobre las prietas cuitas,
sus dones, generoso.

¡Ojo!

¡Caramba con el verbo!

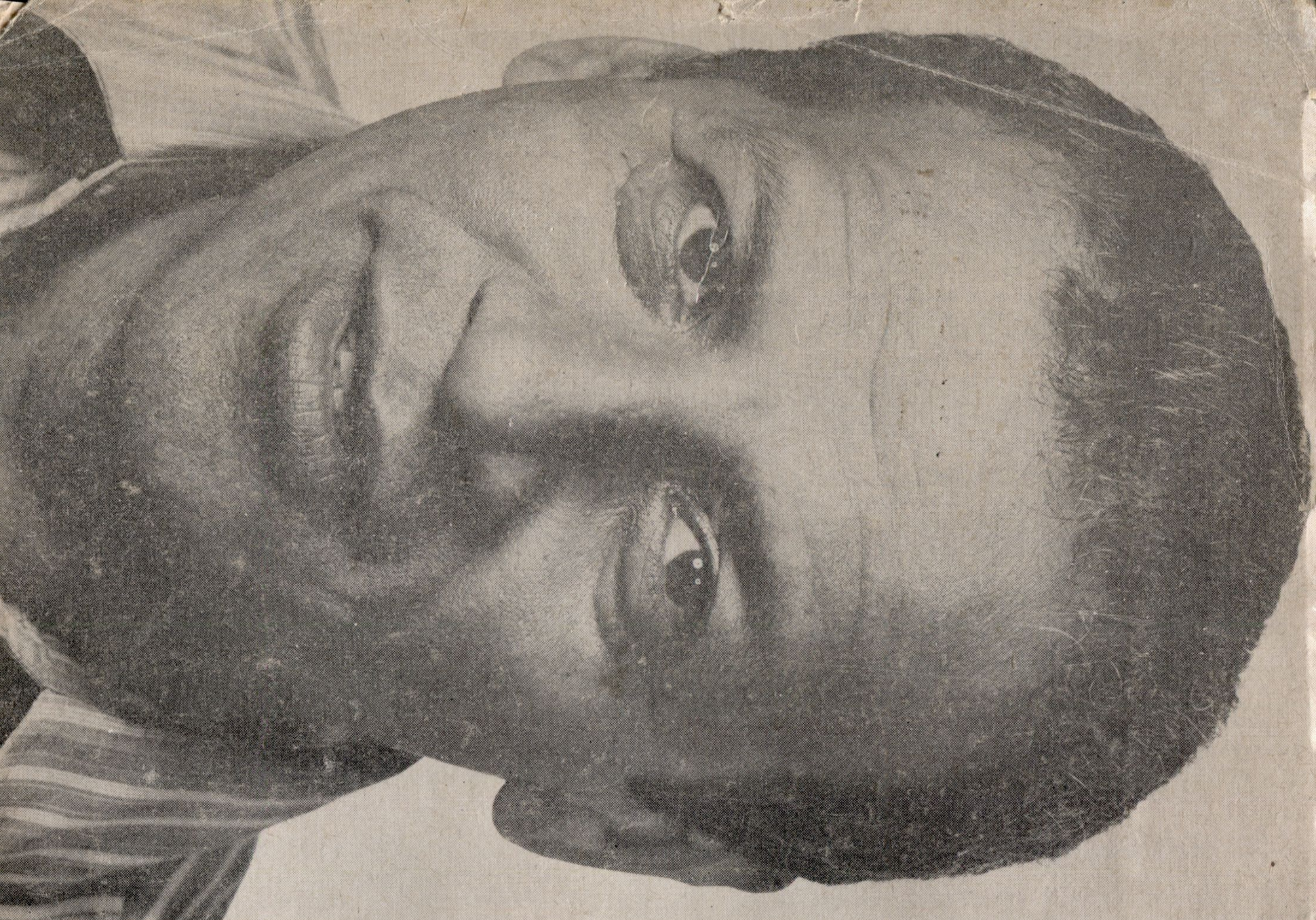
Así somos aquí de abigarrados.
Pero estamos en pos de lo fundamental y lo casero.

Yo vivo en esta ciudad.
Que conste bien clarito, señor.
He dicho vivo, repito.
Y a no poner sobrevivo ¡carajo!

I N D I C E

SE TERMINO DE IMPRIMIR
ESTA PRIMERA EDICION DE
POEMAS DEL HASTIO, LOS GATOS Y LOS DIAS,
EN LA IMPRENTA MACAGNO, LANDA Y CIA., S.R.L.
ARAOZ 160, BUENOS AIRES,
EL DIA 1º DE OCTUBRE DE 1976,

LA EDICION CONSTA DE DOS MIL EJEMPLARES.



"Este soy yo, autodidacto peruano-argentino. Grito: arremetámosle." En esta línea, como en otra cualquiera escrita por él, como en los versos de este libro o en cada una de las palabras que él dice —y sin duda sabe decir—, está presente Hugo Guerrero Marthineitz, más allá de todas esas "ineludibles semejanzas", que ya no le arredran. Porque él ha logrado la poesía, esa zona vedada a los timoratos y pusilánimes, ese ánimo de lucha y amor a la vida por debajo de toda muerte mezquina, ese canto a la belleza que no desconoce las miserias del mundo, ese difícil estado que consiste en ser uno mismo, en existir plena y auténticamente.

Jorge Lafforgue